

DHAULAGIRI Y MANASLU

AL AMANECER HACIA LA CIMA

Vistas del pináculo de Manaslu al amanecer



DHAULAGIRI (8167 M)

Juanito Oiarzabal comenzó en 2009 un sueño: el de completar por segunda vez las cimas de las 14 cumbres más altas del planeta y convertirse, de este modo, en la primera persona en conseguirlo. En 2016 retomó conmigo este potente proyecto patrocinado por Saunier Duval y bautizado "2x14x8000". Teníamos por delante el desafío de escalar las últimas cuatro montañas para conseguir culminar su proyecto, aprovechando además que a mí me quedaban también pendientes de escalar esas cimas; eso sí, por primera vez en mi caso. La primera que abordamos fue el Dhaulagiri; el proyecto continuaría con el Broad Peak, el Sisha Pangma y el Nanga Parbat.

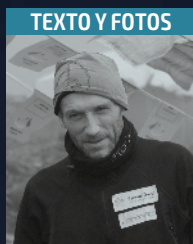
Atrás hemos dejado el barullo y el ruido que el sueño de perseguir el 2x14x8000 provoca en los días previos a embarcarnos en el primero de esos cuatro ochomiles. De esta forma nos encontramos ya inmersos en este primer objetivo, el Dhaulagiri. Ya no hay otras inquietudes que nos preocupen más que estar bajo la mirada de esta gran montaña e intentar subirla. Todo va rápido al

principio, demasiado rápido: el vuelo a Katmandú, desde donde aprovechamos para hacer un trekking de ocho días por el valle del Khumbu, para, a continuación, y sin apenas descansar, coger un bus que nos traslada desde la capital nepalí al pueblo... y desde allí, la sorpresa que nos tiene preparada nuestra agencia en Nepal, volar en helicóptero desde este punto hasta el campo base; sin tan siquiera hacer un solo día de marcha de aproximación andando. Por ello, agradecemos enormemente el haber hecho el trekking, pues de otra forma, este rápido traslado al campo base nos hubiera supuesto un quebradero de cabeza –por no decir un gran dolor de cabeza– pues no es ni recomendable, ni saludable pasar en tan breve espacio de tiempo, y sin que el cuerpo se haya adaptado, de los 1000 metros de Katmandú a los casi 5000 donde se sitúa el campo base.

Una vez aquí, nos instalamos en nuestras tiendas y planificamos nuestros primeros pasos en esta expedición, y así, en un ritmo de invisibles movimientos y esfuerzos tan gigantes como el propio Dhaulagiri, trataremos de ir robando metros a esa distancia que nos separa de su cima.

Pronto empezaremos la fase de aclimatación, o lo que es lo mismo, empezaremos a ir y venir por los campos de arriba; como quien va y ya está volviendo, acortando y alejando distancia, paseando un cansancio de sol, o un cansancio de frío y viento aterrador. La noche en el Himalaya, con los huesos helados, y tiritando medio dormido me hace pensar que aún queda mucho por disfrutar y padecer al mismo tiempo.

Me quedan vivas las imágenes de los días pasados hasta llegar aquí, pues despiertan en mí admiración y respeto por los habitantes de estos valles que viven en la armonía que hace cientos



Alberto Zerain
(Gasteiz, 1961-Nanga Parbat, 2017)

Comienza a escalar a los 17 años, primero en las escuelas más cercanas, y después en Pirineos y Picos. En Alpes destaca: corredor Gervasuti en solitario y norte del Eiger (1985). En 1983 visita los Andes de Perú por primera vez: Artesonraju (solo), Huascarán Norte y Sur, Alpamayo, etc. En Patagonia: Fitz Roy, Poincenot, Aguja Guillomet. Ha ascendido a diez ochomiles; Everest (1993), Makalu (1995), Lhotse (2001), Gasherbrun 1 y Gasherbrun 2 (2006), K2 (2008), Kangchenjunga (2009), Dhaulagiri y Manaslu (2016) y Annapurna (2017). Fue miembro de la Junta Directiva de la EMF-FVM. Descansa bajo la arista Mazeno, en el Nanga Parbat, junto a su amigo Mariano Galván.

Dhaulagiri





Mariano en el campo 3 la víspera de cima

de años supieron crear. Me acompañarán esas secuencias de las familias que vencen el día a día con las armas de la voluntad y la entrega, y con la sabiduría que da el arraigo a la tierra, bajo la presencia de las altas cumbres. Y pensaré que soy uno más de ellos cuando, hundido en la nieve hasta las rodillas y pisando el hielo que estalla y salpica su dolor dormido, cargue con el cansancio de la jornada hasta llegar a mi tienda.

¿Quién dijo que fuera fácil aventurarse en las altas cimas? Pisas de lado, pisas de frente, empeine rígido, clavando talón o elevándote sobre las puntas; en un pisar de serenas pisadas o torpes pisadas, en un pisar de inquietas pisadas o mecánicas pisadas, así se hace camino al andar. Y si en un pisar despistado el pie no encuentra dónde posar, me duele decirlo, pero acabas de ser tragado por una grieta. Así, de esta forma, en un pisar confiado camino del campo 1, desapareció Juanito de mi vista y quedó colgando en el vacío como una marioneta en un escenario frío y vacío. Apenas se escuchaban sus lamentos fuera de la grieta. Poco a poco el engullido fue saliendo del orificio con la respiración acelerada, como presa devuelta a la vida después de haber estado en las garras de la muerte. Juanito me mira como diciéndome: "estas grietas parece que no saben con quién están tratando, acaso no saben quién soy, que no pierdan el tiempo dándome estos sustos...".

Desapareció Juanito de mi vista y quedó colgando en el vacío

Así, sin dejar de pisar el cambiante terreno glaciar, aprovechando sobre todo las mañanas, ya que a partir del mediodía la montaña se vuelve esquiva por su adversa climatología, vamos dejando los campos de arriba organizados y abordamos la fase final de aclimatación para ya, definitivamente, pensar en un día concreto para el ataque a cumbre. Sólo falta que los días buenos nos visiten. Siempre a merced de la montaña...

Por fin tenemos una fecha para salir; así nos lo hacen saber voces autorizadas con las que nos comunicamos en la distancia, cuyas previsiones tomaremos en cuenta con la prudencia que impone saber que nada es exacto.

Pero sucede algo excepcional e imprevisible: poco antes de que llegue ese esperado momento, Juanito comienza a sentirse enfermo. No se puede escalar un ochomil con el enemigo instalado en el cuerpo. Así pues, con el vacío que deja el compañero con quien compartes sueño y proyecto, me echo solo al glaciar, buscando en cada paso el aliciente necesario que me ayude a dar el siguiente.

Respiro hondo, sin gastar el aliento. Paro para mirar atrás y ver que voy dejando distancia, y percibo también que Juanito, sólo, de pie frente a su tienda, me observa desde la lejanía, y comprendo con tristeza que está sintiendo el sabor amargo de un sueño roto. Sin embargo, debo volver a dar el siguiente paso, sabiendo que mi mundo está adelante, que la cima queda lejos todavía, e inmune al dolor, me dejo llevar como si me deslizara cuesta arriba.

Una vez alcanzo el campo 2, me instalo en la tienda y paso las horas entregado a asimilar el cansancio y observar la montaña a la que, en breve tiempo, iré encaramándome más y más hasta colocarme en su cima.

A la mañana siguiente, percibo algún leve movimiento en las pocas tiendas vecinas a la mía. Decido ponerme en pie y me preparo para progresar hacia el campo 3. Sé la dureza de lo que me espera a partir de aquí y trato de ponerme a la altura de las circunstancias.

En el campo 3 está Mariano Galván, el solitario escalador argentino, a quien había conocido hacía un año en el Broad Peak, montaña que ascendió por la hasta ahora no repetida ruta Carlolio. Nos profesamos ambos mutuo respeto y admiración por los logros y ascensiones que cada uno conoce del otro. Compartimos la escasez propia del lugar extremo en que nos encontramos, que no es poco: un té, miedos, palabras sinceras, miradas profundas, fatiga e incomodidades varias. Ahora somos dos solitarios atados a la ilusión de ascender juntos lo que queda de montaña. Así nos ha hermanado el Dhaulagiri. "Esta cordada promete" se dice cada uno de los dos para sí con disimulada alegría.

La primera noche de estancia en este tercer campo el fuerte viento nos impide salir y debemos esperar un día más para iniciar el ascenso hacia cima. Llegado el momento, salimos a las doce de la noche con convicción y entereza. Así llegamos a un punto conocido por ser una travesía peligrosa y agradecemos que todavía no haya amanecido, para ser menos conscientes del lugar donde estamos, ya que esta zona es un lugar que impone respeto, y por qué no decirlo, también pánico.

Lo dejamos atrás y seguimos contando pasos y entrando con avidez aventurera en el amanecer, que trae su aliento helado y el augurio de que hoy, nada ni nadie, va a frenarnos para pisar la cumbre.

Mientras entro en el último corredor antes de la cima, miro el lugar y recuerdo con cariño y pena a mi amigo Juanjo Garra, quien tres años atrás, tras caer y quedar herido de muerte, se quedó para siempre en esta montaña. Extrañas sensaciones me invaden mientras me elevo trepando por el corredor final, acompañado del recuerdo de Juanjo. Sí, estoy a pocos metros de la cima y percibo una especie de plenitud vital. Detrás de mí veo a Mariano que viene luchando los últimos metros y soy consciente que lo que hasta ahora había sido un sueño se ha convertido en realidad. Ahora queda bajar y asimilar lo conseguido. Y tener siempre presente: "aunque por las altas cimas te eleves, volver a la sana humildad debes; lo saben los lugareños que ves, por favor, no aprendamos al revés".

MANASLU (8156 M)

Nepal es como un viejo conocido al que visito con regularidad. Es un lugar donde siempre me esperan sueños que cumplir. Un lugar para desconectar de todo y entregarme a lo nuevo que allí me espera. Es como esta hoja, que va poco a poco impregnándose de tinta, como un campo de flores en primavera.

Esta vez será Manaslu la montaña que iré a conocer. Tengo su imagen en la mente, de tantas veces que he consultado información en libros y en internet. Pero por mucho que se cuente de ella, no desaparece el encanto de ir a conocerla y recorrer los amplios espacios donde se exhibe, hasta quedar envuelto en terrenos donde esconde el desafío y la incógnita, donde se oculta la esencia del sueño y la necesidad de perseguirlo. Por ello, soy consciente de que tendré que volver a exigirme al máximo, e incluso tendré que moverme con el ímpetu del primerizo y la picardía del resabido. Toda la trayectoria que me sostiene podría jugar en mi contra si me dejara llevar por engañosos argumentos. Y en estos lugares dejar espacio a equivocaciones, a decisiones incoherentes, o abrir la puerta demasiado a la ceguera de la cumbre desoyendo las voces que custodian nuestra integridad, es ponerse a tiro del armamento letal que puede sacar a relucir la montaña. Así que, no me queda otra que estar atento a cuanto vaya viniendo.

Con estas reflexiones, comienzo en compañía de Mariano Galván a moverme por la geografía de Nepal con el fin de acortar distancia a nuestro objetivo, el Manaslu. El camino nos va llevando hacia donde comienza la primera etapa de aclimatación, Arugat. Caminamos por extensos arrozales envueltos en la humedad cálida del paisaje. De vez en cuando, nos sorprende ver en el omnipresente verde del bosque un color blanco que luce con mágico esplendor. Se trata de las cascadas en

forma de cola de caballo que estremecen con su ruido salvaje la armonía del paisaje.

El frescor de la mañana da paso al bochorno que va pesando en el cuerpo como una losa que debemos sobrellevar. En estos lugares no hay término medio, todo es exagerado, extremo. Para que todo fluya debemos prestar atención a ese juego de contrastes, que poco a poco nos van mimetizando con cuanto nos rodea. Aceptar la crudeza que en este entorno natural se respira, es el

Bajando de la cima del Dhaulagiri, a 7900 metros



aliado perfecto para dar batalla al objetivo. Los hombres, mujeres y niños con quienes nos cruzamos, apenas nos dedican un ápice de atención, por no decir ni una triste mirada. Me da qué pensar esta especie de desdén que profesan al caminante. Siendo positivos, hasta esta sensación extraña hay que asentarla en el cuerpo.

En estos lugares no hay término medio, todo es exagerado, extremo

A partir del segundo día de marcha, observamos que el bosque, frondoso como nunca, cubre la verticalidad de todas las montañas y apenas deja espacio para asentamientos humanos. Sólo las aguas se atreven en su locura, a arrastrar lodo, piedra y árboles, o a hacer picadillo cualquier cosa que se resista a esa fuerza que lleva todo valle abajo. De repente, salimos por fin de la espesura en la que avanzábamos Mariano y yo como si fuera de noche, a una especie de páramo que nos permite disfrutar de un segundo amanecer en el mismo día. De esta forma, podemos por fin observar las primeras montañas nevadas y adivinar las morrenas en las que desembocan los glaciares. Incluso el Manaslu se intuye cercano. Pronto, nada podrá ocultarlo y disfrutaremos de su belleza. Ahora sí, todo va rápido, incluso hasta el cansancio llega como con prisa por hacernos compañía. La sensación de altura no perdona tampoco y se une a la marcha, o más bien, se nos pega al cuerpo. Está claro que no nos hemos equivocado de camino, porque hasta la piel duele de frío al atardecer.

Al día siguiente pasamos por encima de los 5300 metros que tiene el Larkya La Pas y así, nos dejamos deslizar hacia el pueblo de Samagón.

Aquí, en este pueblo tibetano perdido en el tiempo, comienza para mí una convalecencia de cuatro días puesto que, tanto contraste de elementos que me han acompañado en la marcha, han acabado por enfermarme. Fiebre, dolor de garganta, de pecho, tos y malestar general. Me doy perfecta cuenta que si quiero hacer algo en esta expedición, voy a tener que adoptar el papel que interpretó Leonardo DiCaprio en la película "El renacido". Mostrarse vulnerable ante la montaña es sentirse muy diminuto y no queda otra que crecerse ante la adversidad. Mariano, mientras tanto, ha subido hacia el campo base y me temo que estará inmerso en sus

Alberto en campo de altura



idas y venidas monte arriba y abajo como lo vi en el Dhaula. Así que, para cuando llego al campo base, Mariano ha respirado ya el fino aire de los 7000 metros, mientras que yo he expuesto al límite mis pulmones llegando a los 4400 metros. Veo el Manaslu y su imagen en vez de reconfortarme, pareciera que más bien me mortifica por lejana e inalcanzable. "O tiro la toalla desde ahora, o salgo de este laberinto mental" me digo con cierta furia.

Tras acomodarme en el campo base y celebrar la Puya, toca ya salir hacia la ruta que nos hemos inventado. A pesar de ser todo nuevo para mí en esta montaña, queremos pisar también nuevos terrenos por donde nadie haya transitado antes. Esta emoción me hace olvidar por momentos el tormento que arrastro. Vamos pisando con andares de descubridores el glaciar que debemos





Camino de la cima por la ruta clásica

atravesar para llegar al pie de la pared. Aunque para bastantes de los que desde el campo base nos observan, los andares que llevamos sean simplemente un caminar de escaladores indómitos y rebeldes. Pero para algunos, somos rebeldes “ilegales”, como pronto nos daríamos cuenta.

Hemos dejado el glaciar y vamos remontando por un laberinto caótico de pedruscos descompuestos que toman cada vez más verticalidad. Se trata de pasillos, hendiduras y formaciones glaciares que poco a poco se van ordenando, dando paso a una arista estética que nos permite pensar que la ruta nos invita a seguir soñando.

Y así es. Aprovechamos los días lo mejor que se puede, ahorrándonos en preguntar al cuerpo cómo se siente. Cuando pensamos en recuperar el físico, le damos al cuerpo descanso activo

y, nada, –sería mucho decir, ni nadie– nos retiene en nuestros arrebatos monte arriba. En un par de incursiones a la montaña hemos logrado montar el campo 2 y ya desde que bajamos de la primera entrada a la ruta nos encontramos con que teníamos que justificar nuestro comportamiento por ir por una ruta diferente a la normal. Al parecer, el dinero que ya pagamos para la expedición sólo vale para la ruta normal. Si queremos seguir abriendo la ruta que perseguimos tendremos que volver a pagar más dinero, estamos hablando de miles de euros más. Tranquilizamos a nuestro agente de Katmandú y seguimos a lo nuestro.

Han pasado unos días desde que esperamos poder ir a intentar la cima y solventar esa parte que nos queda desde el campo 2. Ha nevado muchísimo y el paisaje ha cambiado sobremanera.



Alberto cruzando el glaciar hacia la ruta nueva

Nosotros seguimos igual, con las mismas ganas o quizás con más. Sabia manera de cómo debe ser la actitud para afrontar la montaña entre dos y con las condiciones muy en contra.

Madrugamos el 23 de septiembre con la certeza de que nos espera un día muy duro. La nieve nos traga literalmente por donde quiera que pisemos. Nos turnamos continuamente, nos esforzamos para llenar los pulmones de aire a cada paso que damos, o más bien, a cada medio paso, pues avanzar en estas condiciones se hace realmente duro. En fin, apretamos los dientes y continuamos adelante, para, después de un tiempo, observar que atrás va quedando un terreno importante trabajado a golpe de voluntad y

entrega. Hasta que por fin llega un momento en el que sentimos la ruta nuestra, como si hubiéramos descubierto el secreto de elevarnos por ella. Estos últimos pasos antes de llegar a la tienda del campo 2 son ambivalentes. Por un lado sentimos el cuerpo apagado, sin fuerzas, y por otro sin embargo, sentimos que una energía especial nos recorre el cuerpo y nos llena de emoción. Es sin duda, lo que a partir de ahora nos espera en estos parajes nuevos, una aventura que sólo de pensarlo nos llena de felicidad.

Siempre se ha dicho que la felicidad no es eterna y en este caso apenas ha resultado ser un pellizco de alegría, un soplo de aire mágico. Cuando, al bajar aquella noche del campo 2 y llegar al lu-



gar donde habíamos dejado instalada la tienda, nos encontramos con la terrible sorpresa de que nuestro hogar en lo alto había desaparecido completa y misteriosamente. Tras la dura jornada que habíamos pasado, decidimos empezar a buscarla a toda costa, nuestra supervivencia al frío dependía, en gran parte, del cobijo de una tienda donde guarecerse en la noche. Así pues, a nuestro cansancio tuvimos que sumarle una hora larga más en que nos dedicamos a picar en el hielo buscando la tienda, pero nuestro esfuerzo resultó infructuoso, pues la noche se impuso y nos obligó a encogernos, sentados encima de la mochila, a la espera de que pasase lo más rápida posible.



Campo base

Pero las sorpresas de aquel día no acabaron ahí. A las nueve de la noche, a pesar del frío que penetra en mis ojos, los abro para ver cómo Mariano se va colocando el material y se prepara para seguir hacia arriba, sin comida, sin saco, sin cocina para derretir nieve. Abandona la noche caótica en la que aplicadamente estoy sumergido yo y me dice que cree que encontrará una tienda de unos japoneses que andan por la zona abriendo una ruta. "No me resigno a lo que me ofrece esta noche aquí, así que marchó a dar guerra a la montaña". "Quien haya querido pensar que a mí este hecho me va a disuadir, no sabe con quién está tratando". "Baja con cuidado Alberto, nos vemos en unos días".

Nos encontramos con la terrible sorpresa de que nuestro hogar en lo alto había desaparecido completa y misteriosamente

Me ha costado asimilar lo que Mariano acaba de hacer, por un momento me ha tentado seguirle, pero hacía tiempo que no me veía tan mermado de fuerzas, deshidratado, con miedo de llegar a un punto de esos de no retorno, límite. Así que acompañado de miles de estrellas y salpicado y mordido por el hielo de la noche, voy experimentando sin más remedio, cómo mi cuerpo se convierte en un escudo que me custodia a ritmo de tiritera y espasmos, de la dureza y frío extremo que me veo obligado a soportar estoicamente.

El nuevo día comienza con elegancia y desprendido en belleza. Como si quisiera hacerme olvidar la noche más difícil que me ha tocado en mi vida. En realidad, estoy casi agradecido, pues podría haber sido peor aún; no quiero ni pensar si hubiera habido viento y tormenta...

En poco tiempo y empujado por el magnetismo que supone el campo base cuando necesitas volver a humanizarte de nuevo, llego al calor del hogar. A partir de aquí voy a vivir con intensidad la aventura de Mariano, aunque cuando veo que una gran nevada no ha dado tregua durante día y medio, la preocupación me araña el corazón. Dejo pasar otro día y ya no puedo más. Me invento un non stop por la ruta normal, sin otra idea en la cabeza que en-



Ruta hacia cumbre en el momento que Mariano decidió seguir

contrarme con Mariano, o por lo menos intentar saber de él y su evolución en la montaña. Salgo a las cinco de la tarde y espero el amanecer alojado en una tienda del campo 3. Con la primera luz del día, sin pensarlo dos veces, salgo hacia el campo 4 y voy muy despacio sin saber qué hacer. En algunos momentos me pregunto qué hago aquí. Sé que no voy a ir hacia la cima y eso que el clima se ve perfecto, no sólo para hoy sino también para los próximos días. Hay mucho movimiento de gente que va saliendo hacia el campo 4 para hacer cima al día siguiente, y también según me aproximo al 4, encuentro otra gente descendiendo de cima. El oxígeno es la seña de identidad de la mayoría de ellos. Sin tan siquiera llegar a la primera tienda del 4, decido bajar de nuevo al campo base. Sigo con la sensación extraña de sentirme huérfano de mi compañero de cordada por una parte, y también desilusionado por haber llevado a cabo un intento tan potente que me ha traído hasta aquí, y ni encuentro a Mariano ni me quedo a hacer cima y siento además que este desgaste quizás pueda frustrar mis opciones más adelante.

Para el mediodía estoy de vuelta en el campo base, es decir, 20 horas después de haber salido. No siento el cansancio, sólo tristeza por saber que todavía no hay noticias de Mariano y nadie lo ha visto encaramado a la montaña por la ruta que pretendíamos. Grupal, el cocinero, va en busca de información por otros campamentos y regresa un par de horas después agitado y con talante alegre. "Tu amigo está vivo; se mueve, parece que ya desciende desde la parte baja del pináculo". Le doy un abrazo y el aire que

respiro ahora es como si fuera aire que se encuentra a nivel del mar. Estoy eufórico, telefono a Aitor Las Hayas para que dé la noticia y frenar cualquier sospecha que hubiera traído el silencio en los últimos días.

Al día siguiente, descompuesto, carcomido por la montaña pero con el característico brillo en los ojos de alguien que ha luchado a vida y a muerte, aparece Mariano. Es todo un acontecimiento verle expresar sus vivencias que apenas ha tenido tiempo de digerir. Bienvenido.

El campo base de la mayoría de los vecinos ha empezado a desmontarse pasada esta noche que ha dejado atrás tres días de muy buen tiempo y muchas cimas. Durante la mañana estoy muy inquieto. Es lo que trae el mal tiempo y las ganas que tengo de volver al ataque. La nieve que cae sin cesar, me conmina a ser prudente y a aprovechar a descansar. Otra noche más y el amanecer arranca con el sonido inconfundible de la nieve golpeando la tienda. Nos despedimos tras el desayuno de los dos italianos que comparten permiso con nosotros. Por una parte, les envidio cuando les veo que han acabado su cometido aquí y sólo miran al valle. Yo todavía debo mirar al Manaslu. Y lo peor es que no puedo verlo, todo está encapotado, aunque por momentos unos rayos de sol traen calor y esperanza. La comida vuelve a ser un trámite más y el silencio se convierte en el único ruido que me aturde por dentro.

Vuelve a salir el sol; salgo de la tienda comedor y preparo la mochila para salir en dos horas, es decir, a las 17:00 horas hacia



Ceremonia de la Puya al llegar al campo base

la cima. Sé que no estoy para arriesgarme a intentarlo sin utilizar ningún campamento. Decido ser prudente y llegar hasta el campo 3. Llevo la tienda de Mariano de 1 kilo y 200 gramos. De nuevo me veo encordado con la soledad de la noche y su misterio que ya me resulta familiar. Recuerdo la dura noche vivida días atrás y mi caminar se reconforta y cobra ritmo. La noche es muy oscura, pero la claridad de ideas que llevo me ilumina mientras clavo los crampones y hundo mis piolets en el hielo. Llego al amanecer al campo 3, después de una breve parada en el 2 para descansar y comer algo. No tengo prisa. No sé cómo lo voy a hacer. Me dejo llevar por el instinto. De momento no me queda más remedio que quedarme en el campo 3 porque la ventisca es muy fuerte.

Así paso el resto del día, entre beber, comer y seguir bebiendo. Tengo esperanzas en poder salir a la 01:30 de la madrugada del 3 a cima. Al menos es una hora prudente. Soy tan disciplinado que a esa hora en punto, sin dudarlo un segundo, estoy fuera de la tienda intentando abrirme paso en la ventisca, en un terreno donde no se ve nada. Creo que no es prudente, así que vuelvo a la tienda. No queda otra que salir al amanecer hacia cima. Sé que pocos habrán intentado un ataque tan tardío, por no decir nadie. Aun así, me permito la licencia de hacerlo y además no tengo tiempo para andar pensando otras cosas. Mientras comienzo a elevarme en las rampas soy consciente de que he acertado al decidirme por este horario, al menos de momento.

Llego al campo 4 y son las 09:30 horas, el tiempo es extraño. Hay ventisca, nubes, nieblas, mucha nieve, pero se puede avanzar pensando en que no vaya a peor. Así, voy llegando a los 8000 metros, donde la montaña me tiene reservada una sorpresa: todo se cubre por completo y me impide la visibilidad. Tengo que esperar a pesar de mirar con espanto el reloj y ver que son las 16:00 horas. Miro hacia el cielo y advierto que el sol está que quiere salir de un momento a otro. Efectivamente, asoma y con todo su poder, hace pedazos en un momento las nubes y la niebla, y mientras arranco hacia arriba voy contemplando todo el paisaje que va haciéndose más nítido y real. No es para menos que uno se crea en esos momentos agasajado con un regalo tan a tiempo como necesario. Los últimos metros siento que floto ligero, ¿será la felicidad que me invade?, ¿o quizás lo maravillado que me resulta esta llegada tan triunfal como tardía sin precedentes? Sea lo que fuere, sé que estoy aquí porque he luchado y he creído en mí mismo hasta el final. Y como un regalo añadido al hecho de haber coronado la cima, el tiempo tan benévolo que me acompaña me permite hacer, incluso, una sesión de fotos de media hora, a la vez que voy asimilando lo conseguido y saboreando el triunfo.

NOTA DE PYRENAICA:

Alberto nos envió estos textos y fotos en marzo, antes de salir para el Annapurna. Le gustaba escribir y su relato transmite certeramente su concepción del alpinismo y los valores que le movían en la montaña y en la vida. No te olvidaremos, Zeras.